

ese gran santuario aquel en que descansa la majestad del Dios de Israel? Dios te enviará un dia un pontífice mas excelente, que con mejor sangre te abrirá un santuario mas augusto.

11. Admirad, amados oyentes míos, cómo tantas cosas tan embozadas en apariencia, tan contrarias al parecer unas á otras, cuadran y se acomodan precisamente al Salvador Jesús. El pontífice ofrece su sacrificio fuera del santuario, en medio de su pueblo; el sacrificio de la muerte de Jesús tiene lugar en la tierra en medio de los hombres: el pontífice penetra en lo interior del velo, es decir, en el Santo de los Santos; Jesús, despues de su sangriento sacrificio, penetra tambien en el verdadero Santo de los Santos, es decir, en el cielo: el pontífice no ofrece mas que una vez al año ese sacrificio que le abre las puertas del santuario; Jesucristo no ha ofrecido mas que una vez ese sacrificio de infinita virtud, que nos abre las puertas de los cielos: porque ¿quién no sabe, ó fieles, que el año en su cumplida perfeccion representa en compendio la extension de los siglos, puesto que es evidente que los siglos no son mas que años revueltos y amontonados? El pontífice, despues de haber inmolado su víctima en el altar del tabernáculo, presenta su sangre á Dios en su santuario, á fin de apaciguarle con su pueblo; Jesús, despues de haber inmolado su cuerpo sobre la tierra, ¿no cumple ese mismo misterio subiendo hoy á los cielos? mirad cómo se acerca al trono del Padre, mostrándole sus heridas recientes, teñidas y rojas con su divina sangre, con la sangre de la nueva alianza, derramada para obtener la remision de nuestros pecados: ¿no es esto, hermanos míos, real y verdaderamente presentar á Dios la sangre de la víctima inocente inmolada por nuestra salvacion eterna? ¡Ábrete, pues, ó velo misterioso; ábrete, ó eterno santuario de la santísima Trinidad; deja entrar á Jesucristo mi pontífice en lo mas secreto del santuario del Padre!

12. Porque si la sangre de las cabras y los bueyes hace posible la entrada en el Santo de los Santos, aunque tan rigorosa sea la ley que tiene cerradas sus puertas; la sangre del Hombre-Dios, de Jesucristo, ¿no podrá abrir el verdadero santuario? Y si el pontífice del Antiguo Testamento gozaba de tan hermoso privilegio, aun cuando no penetrase en aquel santo lugar, mas que por la influencia de una «sangre extraña,» como dice el Apóstol (*Hebr. ix, 25*), es decir, por la sangre de las víctimas; ¿cuánta no será la gloria de nuestro Pontífice, «que se presenta á Dios por su propia sangre» (*Ibid. 12*), *Per proprium sanguinem*, como dice el mismo Apóstol?

y si el pontífice segun el órden de Aaron, que era un hombre pecador, puede penetrar en el lugar mas santo; ¿qué podrá haber de sagrado en los cielos donde Jesús no deba entrar? Jesús, digo, ese pontífice tan puro, tan inocente, que siendo el único agradable al Padre, ha sido solamente nombrado sacrificador, segun el órden de Melquisedec? (*Ibid. vii, 17, 26*). Admiramos, pues, amados hermanos míos, en la eminente dignidad de su sacerdocio, la excelencia de la religion cristiana. El pontífice del Antiguo Testamento, antes de entrar en el Santo de los Santos, ofrecia sacrificios por sus pecados y por los pecados de su pueblo; despues, habiendo ya penetrado en el interior del velo, continuaba la misma oracion por sus pecados y los de los israelitas. Jesucristo nuestro Salvador, verdadero pontífice nuestro, como quien es la justicia y la santidad misma, no tiene que sacrificar por sus pecados; pero, siendo inocente y sin mancha, bástase él mismo para hostia dignísima ofrecida por la expiacion de los pecados del mundo. Si hoy le vemos entrar en el Santo de los Santos, es decir, al lado, á la derecha del Padre, ni entra por sí mismo, ni va á rogar por sí mismo. Hé aquí por qué el Apóstol dice en mi texto: «Jesús, nuestro precursor, ha entrado por nosotros;» que quiere decir: El pontífice de la antigua ley tenia necesidad de ofrecer por sí mismo, y penetrar para sí mismo en el santuario; pero Jesús, nuestro verdadero pontífice, ha penetrado en él únicamente por nosotros. Pero qué, Jesucristo nuestro Señor ¿no ha subido al cielo para recibir en él su corona? ¿cómo, pues, decís que no ha entrado para sí mismo? y sin embargo el Apóstol nos dice: «Jesucristo, nuestro precursor, «ha entrado por nosotros.» Procuremos comprender el sentido de sus palabras, cristianos; Jesús no tenia que verter sangre para entrar en el cielo; el cielo era su patria y su reino; y, sin embargo, ha entrado en él por su sangre, no ha subido al cielo sino despues de su muerte: luego no es por sí mismo por quien ha penetrado en él; nosotros, nosotros éramos los que necesitábamos derramar sangre para entrar en el cielo; porque, como pecadores, éramos reos de muerte: nuestra sangre era debida al rigor de la venganza divina, si Jesús no hubiera trocado su sangre por la nuestra, su vida por la vida de los hombres. De aquí tanta sangre derramada en los sacrificios de los israelitas, para significarnos lo que dice el Apóstol: «Que sin efusion de sangre no hay remision» (*Hebr. ix, 22*): y así, cuando él entra en el cielo por su sangre, no es para él, es para nosotros para quienes entra; por nosotros y para nos-

otros se acerca al Padre eterno : en donde vemos otra notable diferencia entre el sacrificador del antiguo pueblo y el pontífice del nuevo, Jesús. El pontífice podía en realidad entrar en el santuario, pero no abrir sus puertas á ninguno del pueblo : él mismo, como pecador, solo por una gracia especial tenia entrada en el Santo de los Santos; no siendo admitido allí mas que por esta gracia, no podía adquirir ningun derecho para el pueblo. Pero Jesús, que tiene un derecho natural á entrar en el cielo, quiere entrar en él por su sangre : reuniendo así dos derechos, el natural y el adquirido. El primero lo reserva para sí; entra en el cielo, y vive en él eternamente. El segundo, nos le transfiere á nosotros. Con él y por él podemos entrar allí; por su sangre nos está permitido penetrar en lo interior del velo : por lo cual le llama el Apóstol nuestro precursor : « Jesús, nuestro precursor, dice, ha entrado por nosotros. »

13. Los Evangelistas observan que en el momento en que Jesucristo espiró, « El velo de que os he hablado tantas veces, que estaba entre el lugar Santo y el Santísimo, se rasgó enteramente de arriba abajo. » (*Matth. xxvii, 51; Marc. xv, 38; Luc. xxiii, 45*). ¡Oh maravillosa continuacion de nuestros misterios! Muerto Jesucristo, ya no hay velo alguno : el pontífice le levantaba para entrar; la sangre de Jesucristo le desgarró, y el velo no existe ya : el Santo de los Santos queda descubierto; el velo está roto de arriba abajo. Ved aquí cómo habla el Apóstol en su segunda epístola á los corintios : « Ante los ojos del pueblo carnal, dice, habia un velo extendido : nosotros, que somos el pueblo espiritual, contemplamos frente á frente la gloria de Dios. » (*II Cor. iii, 15, 18*). Acaso me diréis que tambien tenemos el velo de la fe que nos cubre : pero fácil me es responderos. Ciertamente es que nuestros ojos no penetran todavía lo interior del velo ; pero si nuestra esperanza, y no hay obstáculo ni oscuridad que la detenga ; ella penetra los mas íntimos secretos de Dios. Y ¿por qué? porque va al lado de Jesucristo, porque le sigue, sin perderle jamás de vista. El Apóstol nos lo explica en nuestro texto : « Mantengámonos, dice (*Hebr. v, 1, 19, 20*), amados hermanos míos, en la esperanza que abrigamos, que penetra hasta lo interior del velo, donde Jesús nuestro precursor ha entrado por nosotros. » ¡Ah! nosotros no tenemos un pontífice que no pueda introducirnos en el santuario : tal como Jesús ha entrado en él, entraremos tambien nosotros.

14. Y sin embargo, para que se cumplan en todo las antiguas figuras, no entraremos todos, entrará solamente el pontífice. ¡Dios

eterno! ¿quién es capaz de comprender este misterio? Sí, fieles, os lo repito; nadie mas que Jesucristo entrará en la gloria. Oid al Salvador : « Nadie sube al cielo, nos dice (*Joan. iii, 13*), excepto « el que ha bajado del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo. » Nadie sube al cielo, mas que aquel que ha bajado del cielo : ó fieles, ¿hemos acaso bajado del cielo nosotros? ¿cómo, pues, hemos de subir á él? ¿estamos excomunicados todavía? no, en verdad, el gran Pontífice nos ha absuelto; ha querido ser arrojado de él, á fin de que nosotros seamos recibidos. Subiremos al cielo en Jesucristo y por Jesucristo; él es nuestro jefe, nosotros somos sus miembros, « su plenitud, » como dice san Pablo. (*Ephes. i, 23*). Cuando entremos en el cielo Jesucristo entrará en nosotros, porque sus miembros son los que entran. « Al que venza, dice el mismo Jesucristo (*Apoc. iii, 21*), yo le haré sentar en mi trono. » Escuchad de qué manera ocuparemos aquel alto lugar : estaremos en el cielo confundidos con Jesucristo : y por un maravilloso efecto de la gracia, nuestra hambre será la causa de nuestra abundancia : porque sin comparacion es mucho mas ventajoso para nosotros ser considerados únicamente en Jesucristo, que si lo fuésemos en nosotros mismos ; por consecuencia, hermanos míos, hoy que Jesucristo se acerca al Padre, debemos creer que nos acercamos á él y por él ; para nosotros ha abierto el santuario ; por nosotros ha penetrado en lo interior del velo, por nosotros se presenta delante de Dios. Los pontífices de la antigua ley eran hombres mortales : la carga augusta del sacerdocio se conservaba en la familia de Aaron por sucesion, y de unos en otros. « Jesús, que goza de una vida eterna, dice el Apóstol (*Hebr. vii, 24*), tiene un sacerdocio eterno : » por lo cual, añade el mismo, puede salvar á aquellos que se acercan á Dios por él ; él vive eternamente para interceder : *Semper vivens ad interpellandum pro nobis* (*ibid. 25*) ; esta es nuestra segunda parte.

Segunda parte : Jesucristo, cerca de su Padre, intercede por nosotros.

15. Leo en el apóstol san Pablo (*ibid. v, 1*) que « todo pontífice debe salir de entre los hombres, y que está establecido para los « hombres, en todo aquello que debe ser tratado con Dios. » De donde resulta que el pontífice es el embajador del pueblo cerca de Dios. Luego si nuestro Señor Jesús es nuestro pontífice, claro está que él es tambien nuestro embajador. Admiramos aquí la felicidad de los hombres en tener á su mismo Príncipe por embajador. Ahora bien :

es indudable que siendo él nuestro embajador cerca de su Padre, era necesario que residiese á su lado, que negociase nuestros asuntos, que le diese cuenta de nosotros, que nos conciliase la benevolencia de Dios, y que mantuviese la feliz alianza que le plugo hacer con nosotros: tales son las funciones de un embajador. Ved aquí por qué causa nuestro Príncipe no cesa de rogar á su Padre por nosotros; él está siempre vivo para interceder: de donde resulta que la Escritura le conceda la excelente cualidad de mediador, cuya fuerza voy á haceros comprender ahora.

16. Primeramente, es manifiesto que Jesucristo ruega y que nosotros rogamos; que Jesucristo ruega por nosotros, y que nosotros rogamos unos por otros á causa de la caridad fraternal; por lo cual los Santos son nuestros hermanos; esa caridad sincera é indivisible que los coaliga con nosotros, los obliga á rogar é interceder por los fieles de la tierra. Esta verdad no tiene contestacion: nuestros adversarios mismos no niegan que los bienaventurados rueguen á Dios por nosotros. Siendo esta doctrina tan constante, ¿qué tiene de particular nuestro Señor Jesús para que le demos singularmente y por excelencia la bella cualidad de mediador? ¿le colocaremos con el resto del pueblo en el número de los suplicantes? Cristianos, haced por comprender este misterio. Una cosa es rogar por caridad, y otra ser el mediador establecido para hacer valer las oraciones, y dar importancia á las de los otros. Voy á presentaros un ejemplo familiar de esta verdad. Una cosa es hallarse al lado de un monarca, y hacer por las personas á quienes amamos los oficios de un buen amigo, y otra ser nombrados por el príncipe mismo para darle cuenta de todas las peticiones, distribuir todas las gracias, presentar á todos aquellos que vienen á pedir audiencia. Jesús es mediador general; ninguno es agradable si no es presentado por él; si la oracion no va dirigida en su nombre, ni siquiera será oída; no hay gracia que no sea concedida por él. Y ¿qué podré yo deciros de ese santo Pontífice por quien todas las oraciones son escuchadas, por quien todas las gracias son concedidas, por quien todas las ofrendas son bien recibidas, por quien todos aquellos que quieren acercarse á Dios están seguros de ser admitidos? ¡Cuán grande dignidad, cristianos! De todas las partes de la tierra llegan á Dios los votos de los hombres transmitidos por Jesús: todos cuantos invocan á Dios como es debido, le invocan en nombre de ese gran Pontífice, á quien Tertuliano llama con sobrada razon: *Catholicum patris sacerdotem*. (*Adversus Marcion. lib. IV,*

num. 9). « Pontífice universal, establecido por Dios para ofrecer los « votos de todas las criaturas. » No: ni los Patriarcas, ni los Profetas, ni los Apóstoles, ni los Mártires, ni los Serafines mismos, aunque tan vivos de inteligencia y tan abrasados de amor, ni la Reina de todas las almas bienaventuradas, la incomparable María, pueden acercarse al trono de Dios, si Jesús no los introduce: ellos ruegan, no debemos dudarlos, y ruegan por nosotros; pero, como nosotros, lo hacen en nombre de Jesús. Y solo en su nombre son escuchados.

17. Por lo cual no vacilaré en aseguraros que mientras la Iglesia de Dios sobre la tierra, y las almas bienaventuradas en el cielo, no cesan de rogarle jamás, solo Jesucristo es escuchado; porque todos los demás lo son únicamente por él. Por esta razon, hermanos míos, en las oraciones eclesiásticas rogamos á Dios, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que le sean agradables las oraciones que los santos le ofrecen por nosotros. Si ellas fuesen valederas por sí mismas, ¿cuál no sería nuestro atrevimiento al pedir que fuesen recibidas! ¿Ó esperamos acaso que nuestra intercesion las haga valer? ¿á qué, pues, esta manera de orar? pedimos la intercesion de nuestros hermanos que reinan con Jesucristo, y al mismo tiempo rogamos á nuestro Dios que se digne escuchar nuestras oraciones: ¿pretendemos por ventura que nuestras oraciones den valor á las de los santos? quien lo crea así, comprende mal la intencion de la Iglesia. Ella quiere hacernos conocer que cuando imploramos la asistencia de los santos que nos esperan en el paraíso, es para hacer á la par con ellos una misma oracion, para formar un solo coro de música, un mismo concierto, así como juntos formamos una misma Iglesia. Y aun sabiendo que esta union es agradable á nuestro gran Dios, aunque confesemos, obrando de esta manera, que ella le es agradable únicamente por su querido Hijo, el nombre de Jesús es el que ruega, el que nos facilita la entrada, el que templa y persuade al Padre.

18. Esto nos ha sido exactamente figurado en el cuarto y quinto capítulo del Apocalipsis. (*Apoc. IV, 2 et seq.; V, 8*). Allí se nos representa el trono de Dios donde está sentado el que vive por los siglos de los siglos; y al rededor los veinte y cuatro ancianos que, por diversas razones que seria largo aducir aquí, significan las almas de los bienaventurados: « Cada uno de estos ancianos tiene en « las manos una redoma de oro llena de perfumes, que son las oraciones de los santos, » dice san Juan; es decir, de los fieles, segun

la frase de la Escritura. Ved, pues, amados hermanos míos, cómo ese venerable senado, que rodea el trono del Dios vivo, tiene cuidado de presentarle nuestras oraciones: no soy yo quien lo dice, es san Juan. Pero ¿no es esto amenguar la dignidad de nuestro Salvador? ¡no lo permita Dios! los ancianos rodean el trono, pero, delante de él, en medio de los ancianos, el Apóstol nos representa «un cordero muerto al parecer, ante el cual se prosternan los ancianos.» (*Ibid.* 6). ¿Quién no ve en este cordero á nuestro Salvador? parece hallarse muerto, á causa de las cicatrices de sus heridas, y porque su muerte está siempre presente á los ojos de Dios. Este cordero se halla en medio de todos aquellos que oran, como aquel por quien ruegan y á quien se dirigen las miradas de todos: está delante del trono, á fin de que nadie se acerque mas que por él; y se manifiesta entre Dios y sus fieles adoradores, como el mediador de Dios y de los hombres, como quien debe recibir las oraciones, como quien debe elevarlas á Dios. De esta manera presentan los santos nuestras oraciones; unen á ellas las suyas como hermanos, como miembros del mismo cuerpo, pero todo está ofrecido en nombre de Jesús.

19. ¿Qué podrán reprender nuestros adversarios en esta doctrina? ¿no es tan piadosa como indubitable? bien sé que nos dirán que llamamos á los santos mediadores nuestros: y aunque podría responderles que no es así como habla el santo concilio de Trento, y que solo la Iglesia se expresa de esta manera en sus oraciones públicas, quiero concederles que efectivamente los llamemos así alguna vez. Pero yo les preguntaría si la misericordia divina hubiese traído á este lugar á alguno de ellos, si es el nombre ó la cosa lo que les desagrada. Por lo que hace á la doctrina, no cabe duda de que siendo, como es, tal como yo la he presentado, no admite censura alguna. El honor pertenece enteramente á nuestro Salvador: él es el único que tiene entrada allí por sí mismo; todos los demás, por mas santos que sean, no pueden esperar nada mas que por él: y hé aquí por qué el título de mediador le conviene con tan eminente prerogativa, que el que quisiera atribuirlo en este sentido á otros que á él, no podría hacerlo sin pecar de blasfemo. Ved lo que hace decir al Apóstol: «Un Dios, un mediador entre los hombres...» (*I Tim.* II, 5). Si nuestros adversarios se irritan al ver que atribuimos alguna vez á los servidores de Nuestro Señor Jesucristo un título, que por propia confesion nuestra conviene por excelencia á nuestro Salvador; ¡cuán criminales no serán si despues de haber

aprobado la doctrina, que en efecto no puede ser combatida, unas palabras los separan de sus hermanos, convirtiendo la Iglesia de nuestro Salvador en teatro de tantas guerras! Que nos digan si el nombre de mediador es mas comunicable que el nombre de rey, el de sacrificador, el de Dios; y no saben que la Escritura nos predica que «somos reyes y pontífices.» (*I Petr.* II, 9). ¿Quieren romper con toda la antigüedad cristiana, porque ha dado el nombre de pontífices y sacrificadores á los Obispos y ministros de las cosas sagradas? ¿quieren reprender á Dios mismo que llama á los hombres dioses? No os irriteis, pues, contra nosotros, orgullosos con vuestra Reforma, como si hubiésemos olvidado la mediacion de Jesús, que es toda nuestra esperanza. Los santos, decimos, y no lo podeis negar, son mediadores nuestros por caridad fraternal; pero como ellos no lo son mas que en nombre de Nuestro Señor, sería ridículo creer que esta mediacion le roba su derecho. En este sentido, y no en otro, los llamamos mediadores, de la misma manera que los jueces han sido llamados dioses. (*Psal.* XLVI, 10). Gritad, declamad cuanto os plazca, engañad al pueblo con falsos pretextos; nuestra doctrina se mantendrá siempre firme, y nuestra Iglesia, fundada sobre piedra, jamás será disipada.

20. Perdonadme esta digresion, amados hermanos míos. Al tocar esta materia, no he podido menos de responder á una calumnia tan intolerable, por medio de la cual se pretende hacer creer que renunciamos al único consuelo del fiel. Sí, nuestro único consuelo consiste en saber que el Hijo de Dios está encargado de vuestros intereses cerca de su Padre. No temamos ser condenados, teniendo tan poderoso defensor y tan divino abogado. ¡Con cuánta alegría no leemos en el apóstol san Juan estas piadosas palabras! «Tenemos cerca del Padre un abogado, que es Jesucristo, el justo.» (*I Joan.* II, 1). Por la gracia de Dios, comprendemos la fuerza y la energía de estas palabras: sabemos que si el embajador negocia, si el sacrificador intercede; el abogado insta, solicita y convence. Con lo cual el Discípulo muy amado quiere hacernos comprender que Jesús no pide solamente misericordia, sino que prueba que es necesario concedérsola; y ¿qué razones emplea para esto ese grande, ese caritativo abogado? Ellos os debian, Padre mio, pero yo he pagado; he satisfecho toda su deuda, y os he pagado mucho mas que podíais exigir: ellos merecian la muerte, pero yo la he sufrido en su lugar. En seguida enseña sus llagas, y el Padre, acordándose de la obediencia de aquel querido Hijo, se enternece y mira al

género humano con piadosos ojos. De esta manera nos defiende nuestro abogado. Pero no os imagineis, cristianos, que es necesario que tome la palabra para hacerse entender: bástale presentarse ante su Padre con estos gloriosos caracteres; apenas aparece en su presencia, la cólera de aquel queda desarmada; por lo cual el apóstol san Pablo habla de esta manera á los hebreos: «Jesucristo ha «entrado en el Santo de los Santos, á fin, dice, de presentarse á «Dios para nosotros.» (Hebr. ix, 24). Lo que quiere decir: no temais, miserables mortales, Jesucristo está en el cielo, y no debéis dudar de que todo se arreglará en vuestro favor. Solo la presencia del muy amado os pone á Dios propicio.

21. Hé aquí lo que significa el cordero del Apocalipsis, del cual acabo de hablaros, y que está delante del trono como muerto. De este trono está escrito en el mismo lugar, que de él salen rayos y relámpagos, y un espantoso trueno. Dios eterno, ¿osaríamos aproximarnos? «Acerquémonos, vamos hácia el trono de gracia con entera confianza» (Hebr. iv, 16), como dice el Apóstol. Ese trono, cuya majestad nos espanta, ha sido llamado por el Apóstol, como habeis visto, trono de gracia: acerquémonos y no temamos, porque el cordero está delante del trono; los rayos no llegarán hasta nosotros; su presencia detiene el curso de la venganza divina, y trueca su furor implacable en eterna misericordia. ¡Cuán necesario no era que Jesús volviese al lado de su Padre! ¡Oh confianza, oh consuelo de los fieles! ¿quién me dará una fe bastante viva para decir generosamente con el Apóstol: «Quién acusará á los elegidos «de Dios?» (Rom. viii, 33). Jesucristo es su abogado y defensor: «Un Dios los justifica, ¿quién osará condenarlos? Para que nos «creamos á cubierto, ¿no basta que Jesucristo haya muerto, resucitado, y que á mas interceda hoy por nosotros? ¿quién, pues, «podrá alejarnos de la caridad de nuestro Salvador?» (Ibid. 34, 35). Despues de esto, ¿qué nos resta, cristianos, mas que hacernos dignos de tan grandes misterios, de los cuales ya somos partícipes? Puesto que tenemos en el cielo un tesoro tan grande, elevemos á él nuestras almas y nuestra esperanza: esta es mi última parte, que reduciré á pocas palabras, porque no es mas que la continuacion de las dos precedentes.

Tercera parte: Jesucristo, cerca de su Padre, derrama sus gracias sobre nosotros.

22. De allí, hermanos, míos, descienden sobre nosotros las bendiciones eternas. ¡Qué transporte tan grande de alegría el mio, cuando considero á Jesucristo, nuestro gran sacrificador, oficiando delante de aquel altar eterno en que nuestro Dios se hace adorar! Ora se vuelve hácia su Padre para hablarle de nuestras miserias y necesidades; ora se vuelve hácia nosotros, y nos colma de favores con una sola de sus miradas. Nuestro pontífice no está solamente cerca de Dios para transmitirle nuestros ofrecimientos y nuestras oraciones, sino tambien para derramar sobre nosotros los tesoros celestiales; siempre tiene las manos llenas de las ofrendas que la tierra envia al cielo, y de los dones que el cielo prodiga á la tierra. Por esto es por lo que el evangelista san Lucas nos enseña que subió bendiciéndonos. «Los bendecía, dice, elevando sus manos; y «mientras los bendecía, se iba elevando al cielo:» no creamos, pues, cristianos, que la ausencia de Nuestro Señor Jesús nos priva de sus bendiciones y gracias: no, se aleja bendiciéndonos: es decir, que si le perdemos corporalmente, su espíritu queda con nosotros, no cesa de velar por nosotros, y de enriquecernos con su abundancia. Por lo cual dice á sus santos Apóstoles: «Si yo no vuelvo al lado «de mi Padre, el Espíritu paráclito no bajará á la tierra;» (Joan. xvi, 7) me reservo el repartiros ese gran don, para cuando esté en el lugar de mi gloria. Y así lo enseña el Evangelista, cuando dice: «El Espíritu no habia sido todavía dado, porque Jesús no habia sido glorificado.» (Ibid. vii, 39). Tratemos de comprender ahora, hermanos míos, qué lugar es ese de donde nos vienen las gracias. Si el manantial de todos nuestros bienes se halla en la tierra, admirámonos enhorabuena á la tierra: mas si, por el contrario, este mundo visible no nos produce continuamente mas que males; si el origen de nuestro bien, si el fundamento de nuestra esperanza, si la única causa de nuestra salvacion está en el cielo, abrasémonos en celestiales deseos: no respiremos mas que por el cielo, «en el «cual Jesús, nuestro precursor, ha entrado por nosotros.» (Hebr. vi, 20). Ciertamente, bien hubiera podido él volar al lado de su Padre, sin hacer á sus Apóstoles testigos de su ascension triunfante; pero quiere llamarlos, á fin de enseñarlos á seguirle; no, hermanos míos, los santos discípulos de nuestro Salvador no están hoy

reunidos para ser únicamente espectadores de su ascension: «Jesús «sube á sus ojos, para enseñarles á seguirle como el águila;» dice Moisés, que provoca á sus hijos á volar, y vuela á sus ojos: así Nuestro Señor Jesucristo, ese águila misteriosa, cuyo vuelo es tan firme y tan alto, junta á sus discípulos como á sus aguiluchos, y rompiendo los aires á sus ojos, los convida con su ejemplo á rasgar las nubes: *Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos, et super eos volitans.* (Deut. xxxii, 11).

23. Valor, pues, hermanos, sigamos el vuelo de esa águila divina que nos precede. Jesucristo no se contenta con volar únicamente delante de nosotros; nos ase, nos eleva y sostiene: «extiende de sus alas sobre nosotros, y nos lleva sobre sus hombros:» *Expandit alas suas atque portavit eos in humeris suis.* (Ibid.). Y partiendo, que la tierra no nos sostenga ya; rompamos las cadenas que nos sujetan, y gocemos, en medio de un generoso vuelo, de la feliz libertad por que nuestras almas suspiran. ¿Por qué nos detenemos en la tierra? nuestra cabeza está en el cielo; ¿queremos acaso arrancarle sus miembros? nuestro altar está en el cielo, nuestro pontífice á la derecha de Dios; á él, pues, deben dirigirse nuestros sacrificios; allí es donde debemos encontrar el verdadero ejercicio de la religion cristiana. Los filósofos del mundo han reconocido que no es aquí abajo donde debe buscarse el reposo. Ahora que nos vemos elevados en medio de tan altos misterios, ¿cuál no será nuestra locura, si cedemos á los deseos terrestres «después de haber «sido incorporados á ese santo Pontífice, que ha penetrado por nosotros en lo interior del velo, hasta la mas secreta parte del Santo «de los Santos?»» (Hebr. ix, 12). Confieso que Jesús excusa nuestras faltas, porque es nuestro pontífice y nuestro abogado. Pero, ¿cuán detestable no seria nuestra ingratitud si correspondiésemos á tan inestimable bondad con pecados indignos! léjos de nosotros tan vergonzosa idea; antes renunciando á los deseos carnales, hagámonos dignos del honor que Jesús nos ha hecho yendo á tratar nuestros negocios con su Padre, y vivamos como deben vivir aquellos por quienes intercede el Hijo de Dios. Consideremos que mediante la sangre de nuestro Pontífice, somos, como dice san Pedro, «los sacrificadores del Altísimo, ofreciendo víctimas espirituales, «agradables por Jesucristo.»» (I Petr. ii, 5). Y puesto que nuestro Salvador ha querido hacernos partícipes de su sacerdocio, seamos santos como es santo nuestro pontífice; porque si en el Antiguo Testamento el que violaba la dignidad del pontífice con alguna es-

pecie de irreverencia era tan rigurosamente castigado; ¡cuán grande no será el suplicio de aquellos que desprecian la autoridad de aquel gran Pontífice, al cual ha dicho Dios: «Tú eres mi Hijo, yo «te he engendrado hoy!»» (Psalm. ii, 7).

24. Por consecuencia, hermanos míos, obedezcamos fielmente á nuestro Pontífice, y después de tantas gracias como de él hemos recibido, comprendamos lo que dice san Pablo, que será horrible caer en manos de Dios vivo (Hebr. x, 31), cuando su bondad despreciada se haya trocado en furor. Pensemos que Jesucristo es nuestro mediador y abogado; pero no olvidemos que es nuestro juez. Y así nos lo advierten los Ángeles, cuando dicen á los Apóstoles: «Hombres de Galilea, ¿qué mirais? Ese mismo Jesús que habeis «visto subir al cielo, ha de volver un día de la misma manera.»» (Act. i, 11). Unamos estos dos pensamientos: el que ha subido para interceder, debe bajar al fin á juzgarnos; y su juicio será tanto mas severo cuanto mayor haya sido su misericordia. No despreciemos la bondad de Dios, que nos espera arrepentidos ha largo tiempo: despojémonos de los apetitos carnales, y alimentemos nuestra alma de pensamientos divinos. ¡Oh Dios! ¿qué es lo que puede haber para nosotros en la tierra, cuando nuestro Pontífice nos abre el cielo? nuestro abogado, nuestro mediador, nuestro jefe, nuestro intercesor, está en el cielo; nuestra alegría, nuestro amor y nuestra esperanza, nuestra herencia, nuestro país, nuestro domicilio, están en el cielo: nuestra corona y el lugar destinado á nuestro reposo están en el cielo, donde Jesucristo nuestro precursor, que por nosotros ha entrado en el Santo de los Santos, con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

ASUNTOS

SOBRE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Cada misterio de la vida del Redentor tiene una relacion estrecha con alguna virtud cristiana. Jesucristo con su resurreccion probó y confirmó nuestra fe; con la venida del Espíritu Santo vivificador consumará en breve nuestra caridad; hoy con su ascension al cielo aviva nuestra esperanza: 1.º poniéndonos á la vista un bien infinitamente precioso; 2.º infundiéndonos el poder y el valor nece-